Como Árboles Plantados Junto al Río

Posted on ***May 17,2026*** *by* ***Néstor Martínez***

Convengamos en algo que nos nuclea y unifica: estos que estamos viviendo no son, precisamente, tiempos sencillos de sobrellevar. Está bien; no sufrimos persecuciones como nuestros ancestros, ni martirios crueles. Podemos ejercitar nuestra fe cómo mejor nos parezca, pero las vicisitudes del pueblo santo pasan por otro plano. Y, como no podría ser de otro modo conforme a nuestra naturaleza demasiado carnal, acudimos a soluciones de todos los colores y procedencias, mientras dejamos para el final, o para nunca, la única solución que siempre tuvimos al alcance de nuestra mano: la bendita palabra de Dios. *(Salmo 1: 1) = Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; (2) sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. (3) Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará. (4) No así los malos, que son como tamo que arrebata el viento. (5) Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. (6) Porque Jehová conoce el camino de los justos; más la senda de los malos perecerá.* Todos, sin excepción, hemos sido afectados por la crisis económica, moral y social por la que de una u otra manera, en mayor o menor medida, con unos u otros matices regionales, está atravesando el mundo en este tiempo. La condición de nuestros pueblos, de por sí necesitada en esta parte de Latinoamérica, ha empeorado como consecuencia del alza de los precios en todas las categorías de consumo, de las guerras internas, del abuso de los recursos naturales, del gasto superfluo de gobiernos incompetentes y voraces y, sobre todo, de la avaricia, el odio, los celos, la discordia y la envidia de los hombres sin Dios. Todos estos y muchos otros factores de tipo moral, han contribuido a llevarnos a la situación en que nos encontramos. No podemos separar el aspecto moral de su conclusión lógica en el área material. El pecado sigue siendo la raíz de todos los males del hombre y la respuesta de Dios es invariablemente la misma: un retorno a su ley y a sus caminos. El tema principal del Salmo 1 es precisamente la ley del Señor y lo que él hace en el hombre que la guarda y se aparta del consejo de los malos. La ley de Dios no es la imposición arbitraria de un ser supremo celoso y amargado que no quiere que sus criaturas prosperen. No está diseñada para sofocar la expresión libre de los hombres. Todo lo contrario, el mandamiento divino es la única manera que tenemos para desarrollar nuestro potencial pleno como seres humanos y alcanzar así la felicidad. La mentira de Satanás sigue siendo la misma que usó cuando engañó a la primera pareja en el huerto: “Dios no quiere 1ue sean como él y por eso les ha dado su mandamiento. Ustedes mismos pueden decidir lo que es bueno y lo que es malo. No hacen falta sus reglas para lograr lo que se propongan.” De esa manera los hizo dudar de la palabra de Dios y los tentó para que desobedecieran a él y tuvieran poder sobre todo lo creado. Nada les había negado. Sólo un requisito les puso para que mantuvieran su bendición: confiar en que las decisiones que había hecho para ellos, eran las únicas que los conducirían a alcanzar su crecimiento a la imagen y semejanza de su Creador. Pero Adán desobedeció el mandamiento del Señor y los resultados funestos no se hicieron esperar. Ahora el Espíritu de Dios se mueve de nuevo sobre el caos y dice: “Feliz el hombre que pone su amor en la ley del Señor.” Es casi una súplica de parte de Dios. El hombre sigue ejerciendo su poder de elección. Si responde al ruego y a la convicción del Espíritu Santo, encontrará la fuente inagotable de la vida que mana desde el corazón de Dios. El salmista compara esta relación con un “árbol plantado a la orilla de un río.” La figura habla de abundancia de agua para satisfacer todas sus necesidades. Alrededor

suyo podrá haber sequedad y escasez, pero a él nunca le faltará. Su follaje estará siempre verde y frondoso y su fruto vendrá sin demora, y en su tiempo. Jesús reafirma la intención del padre cuando dice en Juan 10:10: *Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia.* El secreto de la abundancia no depende de las circunstancias. La condición para que le vaya bien no radica en los buenos tiempos, ni en que todos los factores de las teorías económicas se alineen según el razonamiento humano. Si quieres que todo lo que hagas te salga bien, ocúpate de cumplir con la voluntad de Dios y en descubrir y obedecer Su consejo. Hay hombres que no tienen que ser expertos para alcanzar el éxito en lo que se involucran. Prosperan en todo, no importa lo que sea que hagan. Dios no hace diferencia entre una persona y otra, y, sin embargo, es obvio que su bendición alcanza a unos y a otros no. Dice Génesis 6:8 que *El Señor miraba a Noé con buenos ojos,* pero al resto de los hombres los quería borrar de la tierra. Escogió a Abraham de entre todos los seres del mundo, se le apareció y le prometió ser su protector, darle una recompensa muy grande y hacerlo el padre de muchas naciones. José, Moisés y David recibieron también el favor de Dios. Hay algo que todos ellos tenían en común y que tendremos que aprender nosotros para que la gracia y la bendición de Dios abunden en nuestras vidas. De Noé, las Escrituras dicen que era un hombre bueno que siempre obedecía a Dios, y que vivía de acuerdo con su voluntad. Cuando Dios le dio la tarea específica de construir una barca, Noé hizo todo tal como el Señor se lo había ordenado. Esa sentencia crece en admiración si se piensa que la embarcación medía aproximadamente ciento treinta y siete metros de largo, veintidós de ancho y trece de alto, y que para terminarla necesitó la friolera de cien años. Abraham creó al señor; José guardó su fidelidad a Dios viviendo de acuerdo a su consejo bajo grandes presiones; Moisés también hizo todo tal como el Señor se lo había ordenado; y David mantuvo siempre su corazón dispuesto a cumplir la ley de Dios. Nos conviene descubrir los caminos y el consejo de Dios. Tal vez algunos creerán que eso signifique memorizar más versículos de la Biblia. Pero podríamos conocer muy bien las Escrituras, hablar de ellas, predicarlas y discutirlas y todavía no conocer los caminos de Dios. Que nadie deje de leer y estudiar la Biblia; todos necesitamos saber más de lo que dice, pero de nada nos servirá si no afecta nuestra manera de vivir. El peligro en conocer las Escrituras únicamente en forma intelectual, es que mata. Lo que produce vida es la obediencia al mandamiento del Señor. Jesús mismo lo dijo a los judíos lo que leemos en Juan 8:51: *Les aseguro que quien hace caso de mi palabra, no morirá.* Los caminos del señor son su manera de ser y hacer las cosas. En ellos crecemos y prosperamos. Fuera de ellos, la vida que él ha puesto dentro crece desenfrenadamente. La Biblia descubre y establece la voluntad de Dios, pero es el Espíritu que conoce y nos guía en sus caminos. Los mandamientos y la ley son la ruta trazada de antemano. Sus caminos se conocen únicamente cuando entramos en ellos obedeciendo la dirección del Espíritu Santo. Así que es posible conocerlos bíblicamente con nuestra inteligencia, pero ignorarlos totalmente en la realidad que representa nuestra relación personal con Dios. Ese trato personal con nuestro Dios es lo que produce ese elemento imprescindible de la fe y la confianza que su palabra nos da. La Biblia en sí, como obra del instrumento humano y nada más, no puede producir la fe necesaria para obedecer el mandamiento de Dios. Abraham y los patriarcas creyeron al Señor y conocían su camino antes que la Biblia fuese escrita. Si la fe se adquiere oyendo la palabra de Dios, entonces nosotros, al igual que ellos, tendremos que oír la voz del Señor hablando a nuestros espíritus. Y esto pudiera suceder mientras estemos leyendo la Biblia, oyendo la predicación de uno d esus ministros, en oración directa con él, o por medio de las circunstancias de la vida. Nada de lo que se ha mencionado puede restarle su importancia a las Escrituras. La Biblia sigue siendo el “manual de instrucciones para el cristiano” y el instrumento esencial en el trato de Dios con los humanos. En ella encontramos al Dios revelado. Allí está todo lo que necesitamos conocer de nuestro Señor en nuestra trayectoria por esta vida. Aunque Dios es infinito e incomprensible u eso signifique que no haya nadie que lo pueda contener, sin embargo, las Escrituras por ser divinamente inspiradas, son capaces de revelarnos los misterios de su ser y de sus obras. Dice 2 Timoteo 3:16: *Toda Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar y reprender, para corregir y educar en una vida de rectitud.* Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos ayudan a conocer la voluntad de Dios para vivir sin ofenderle. Las leyes de un país regulan la conducta de sus ciudadanos. Quienes se someten a ellas, tienen oportunidad de vivir en paz y alcanzar la

felicidad. Quienes las quebrantan sufren las consecuencias. Si son aprehendidos, llevados a juicio y castigados, es posible que se les prive de su libertad y dejen de recibir los beneficios que eran suyos mientras estaban dentro del marco de la ley. La ley del Señor es el marco para nuestra vida cotidiana, dentro de él tenemos seguridad; afuera, sólo peligros. La ley de Dios es la que pone orden en nuestras vidas. El orden aumenta la eficiencia, evita el despilfarro de los recursos que Dios ha puesto en nuestras manos y eso de por sí prospera. La prosperidad no viene sin causa ni razón. Debiéramos dar gracias a Dios todos los días porque ya no tenemos los vicios ni los excesos del viejo hombre. El Salmo dice también que el Señor cuida el camino de los justos. El diccionario bíblico define la justicia de la siguiente manera: rectitud de conducta que se ajusta a las condiciones de una relación determinada. LA justicia tiene que ver con nuestras relaciones. En primer término está nuestra relación con Dios. Soy justo cuando reconozco lo que Él demanda de mí y comienzo a ajustar mi vida de acuerdo a sus condiciones. Los hombres quieren venir a Dios estableciendo ellos mismos su posición. Hay un fatal sí condicional en muchas de nuestras oraciones. Pretendemos negociar nuestra relación con él, igual que Jacob antes de convertirse en Israel. Cuando Dios bajó por aquella escalera en Bet-el y prometió cuidarlo y estar con él, Jacob le dijo: *Si Dios me acompaña y me cuida en este viaje que estoy haciendo, si me da qué comer y con qué vestirme, y si regreso sano y salvo a la casa d*e mi padre, entonces el Señor será mi Dios. Y siempre te daré, oh Dios, la décima parte de todo lo que me des, dice en Génesis 28:20-22. Nota cuántos sí condicionales hay en este pasaje. Únicamente la ignorancia de su situación real pudo llevar a Jacob a pronunciar estas palabras de esa manera. Los papeles se invierten y el significado de las cosas se pervierte cuando el hombre es el que quiere poner las condiciones, esperando que sea Dios quien se ajuste a ellas. Qué extraña es esta oración, puesto que Dios ya había hecho su declaración de lo que haría. Pareciera un intento de su parte de recobrar la iniciativa o de hacerle un favor a Dios. Algunos vienen, como Jacob, prometiendo darle el diez por ciento si él los prospera, manifestando así un desconocimiento total de los caminos de Dios. Es cierto que el diezmo es uno de los elementos del cual depende la ejecución del deseo de Dios de bendecirnos materialmente y en abundancia. Pero no se diezma si él da más de lo que ya ha dado. Se entrega basado en lo que se ha recibido y entonces Dios aumenta su provisión como lo ha prometido en Malaquías y en otras porciones de la Biblia. Todo lo que tenemos pertenece a Dios por derecho, pero él ha reservado un diez por ciento de los ingresos de su pueblo para el mantenimiento material de sus ministros. Es la forma más equitativa de hacer funcionar el Reino de Dios en la tierra. Aclaro: de SUS ministros, de los que indudablemente Él ha levantado y a los cuales respalda con poder, autoridad sobrenatural, sabiduría y estrategia. Asalariados abstenerse. Lo cierto es que todos dan de acuerdo con sus posibilidades. El diezmo es la parte que el Señor requiere de lo que tengamos ya. No es lo que sobre después de gastar en lo que queremos. Por eso, para diezmar es necesario administrar bien los recursos, grandes o pequeños, que Dios pone en nuestras manos. Quien no diezma porque “no puede” está probando en realidad que no sabe administrar lo que Dios le ha dado ya y que no es digno de recibir más. Eso, aclaro, siempre y cuando ese diezmo se deposite en un verdadero alfolí, y no en alguna de las tantas cuevas de ladrones disfrazadas de religiosas que abundan por allí. El diezmo es bíblico y debemos darlo para agradar a dios, pero si lo vemos como un negocio para obtener ganancia personal, habremos perdido de vista su objetivo. Y esto es válido tanto para el cristiano que debe diezmar como para el ministro que debe recibir su diezmo. Dios los mira a ambos. Dios es justo. Y quieren hacer tratos con Dios, pero los que hacen esta clase de tratos, generalmente no llegan a cumplir con su parte del mismo. Cuando reciben mucho dinero creen que eso es demasiado para dárselo a Dios y entonces se vuelcan a hacer obras de caridad. Con eso quizás anestesien sus conciencias, pero no llegan a cumplir con el mandato divino porque Dios conoce los corazones. De todos. No se trata de darle limosnas a Dios como si fuera un pobre mendigo. Si cuando pasan el plato o el canasto de la ofrenda tú eres de los que sacan del bolsillo y ponen allí los billetes más chicos, o los más deteriorados, mucho me temo que no has entendido nada. Tú debes cumplir con tu parte y deja que los demás lo hagan con la suya. Dios juzgará tu conducta. Ah, y también la de los otros, por encumbrados que se vean. Si dejamos que sea el Señor el que ponga las condiciones y nosotros nos ajustamos a ellas, habremos puesto el fundamento de una relación que producirá todo lo necesario y más

de lo que pudiéramos imaginar. Isaías dice en el capítulo 64, versos 4 y 5: *Jamás se ha escuchado ni se ha visto que haya otro dios fuera de ti que haga tales cosas en favor de los que en él confían. Tú aceptas a quien hace el bien con alegría y se acuerda de hacer lo que tú quieras.* Las promesas de prosperidad espiritual, mental, física y material son el deseo de Dios para sus hijos. Dios puede, si así lo desea, bendecir a alguien antes que éste ejecute el requisito externo de sus condiciones. Entendemos que él es soberano y no necesita que nadie le aconseje. De hecho ya ha sucedido de esa forma, pero se descubre un patrón que establecen las Escrituras y es que el beneficiado siempre acaba cumpliendo con el mandamiento de Dios o pierde su bendición. Hay otras cosas que debemos saber, además de las ya mencionadas, para dar pasos firmes que conduzcan a una prosperidad total. El Reino de Dios tiene que venir antes que cualquiera otra consideración. Dios tiene que ocupar el primer lugar en nuestras vidas. No porque él padezca de delirio de grandeza o necesite de nosotros para sobrevivir. Sino porque él es la única persona en quien podemos confiar nuestras existencias sin peligro de perderlas. Él es el único que puede reglamentar nuestra conducta para que no caigamos en un materialismo desmedido y olvidemos que él es la fuente de toda prosperidad. Jesús dijo en mateo 6:33: *Pongan toda su atención en el reino de Dios y en hacer lo que Dios exige, y recibirán todas estas cosas,* refiriéndose a la comida, la bebida, el vestido, etc. Se requiere fe para poner toda su atención en el gobierno de Dios, cuando la crisis alrededor es tan grande y los salarios de muchas personas no alcanzan para llenar las necesidades básicas de alimentación, techo y abrigo. El problema, sin embargo, es más profundo que la carencia o la abundancia de las cosas materiales. Dios sabe que la raíz del mal está en el corazón del hombre y por eso dice a todos por igual que busquen primeramente su Reino y su justicia. Al que no tiene, lo exhorta a no afanarse por ello y a confiar en él para que supla lo que le falta. Dios sabe que si su atención está puesta en la necesidad y no en su Reino, el enemigo y las circunstancias ejercerán presión para que haga una cosa indebida. Ponerlo a él de primero significa actuar siempre de acuerdo con su mandamiento aunque eso resulte, aparente y momentáneamente, en detrimento personal. El que pone su atención en lo que posee, también tiene el mismo problema. Marcos 10:17-30 narra la historia del hombre rico que quería la vida eterna como algo más para añadir a su lista de posesiones. Su propio testimonio cuenta que desde joven había cumplido con los mandamientos, seguramente como consecuencia de la educación formal de todo judío criado bajo la ley de Moisés. No obstante, algo le hacía falta y, Jesús, que conocía lo que estaba en el corazón de todos los hombres, lo confronta directamente con su problema. Le da un mandato difícil, pero no imposible de obedecer. Le dice que su orden de prioridades está invertido y que la única manera para él de poner su atención en las cosas de arriba era quitando de por medio lo que ahora ocupaba su cuidado. El hombre se fue triste porque era muy rico. Sus posesiones estaban prime4ro y le impedían seguir al Señor. La pobreza no es un requisito para entrar en el Reino de Dios. Sin embargo, si decimos que Jesucristo es nuestro Señor, entonces él tiene derecho a decirnos lo que debemos hacer con el dinero, el tiempo, la familia y todo. Al Señor no le interesa tanto el cumplimiento externo de los mandamientos, como un plan personal para obtener de él lo que deseemos. Dios quiere que pongamos nuestras vidas en sus manos sin preocuparnos por las añadiduras. Ojalá que no hagamos la voluntad de Dios con la atención puesta en la prosperidad. Todo encuentro personal con el Señor nos hace confrontar la realidad de nuestra condición. No trates de justificar tu problema delante de Dios, ni pretendas que no existe. Si hay algo en ti que no anda bien, reconócelo y preséntaselo a Dios sin rodeos. Recuerda que así fue como llegaste a Dios la primera vez y él te tuvo misericordia. El patrón es el mismo en tu relación subsecuente con Él. Primero, escucha lo que Dios tiene que decir con respecto a tu problema. Cualquier cosa en ti que no se ajuste a su palabra es un impedimento en tu desarrollo espiritual y material. Deja que el Espíritu Santo traiga convicción a tu corazón lo que resultará en el reconocimiento de tu error. No permitas en esta etapa que el enemigo te desvíe de tu intención. Hay dos armas que él usará contra ti. Una es la acusación que aparenta estar del lado de Dios porque concuerda con tu error; pero magnificado de tal manera que lo hace sentir que una reconciliación con el Señor es imposible. La otra es minimizar el problema para que tú no lo confrontes y continúes con en tu condición injusta. Tienes que saber discernir entre estos dos espíritus. El acusador intenta destruirte y jamás te ofrecerá una salida justa. El

Espíritu Santo es gentil y tiene en mente tu redención. Es el único que puede presentar tu condición como realmente es. Segundo, después de reconocer la falta, es necesario confesarla tal y como él te la ha mostrado. Dios no se va a escandalizar ni a sorprender por lo que tú digas. Él ya lo sabe y mejor que tú. Jacob deseaba la bendición de Dios sin confesar su problema. Por eso luchó con el ángel toda la noche, negándose a responder cuando le preguntaba su nombre. Jacob significa suplantador, engañador, el que agarra del calcañar, el que logra las cosas haciendo trampa. Al final, Jacob confesó la historia de su vida hasta ese momento y el Señor le dio su bendición, no sin antes dislocarle la cadera y dejarlo cojo para el resto de su vida. Con la confesión vino también la transformación de la persona y Dios cambió su nombre a Israel, “el que lucha con Dios”. Sin confesión, la bendición es una lucha continua. Cuarto, acepta el perdón de Dios, sabiendo que él ya no se acuerda más de tu pecado confesado. Un tercer paso hacia la bendición de Dios es tener un espíritu agradecido. Pablo dice que es propio de hombres malvados no dar gracias a Dios. Lo contrario es verdad también. Es bueno hacer un inventario de lo que Dios ha dado y darle gracias por ello. Nos sorprenderá saber cuántas cosas hemos recibido ya de él. El espíritu de alabanza nace de un corazón agradecido. Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos de Apocalipsis dan gracias a Dios y le alaban continuamente. David, es ejemplo de un hombre que nunca se olvidó de dar gracias al Señor con corazón alegre. David se deleitaba antes y después de alcanzar su grandeza, David se deleitaba en contar lo que Dios había hecho por él. Por eso Dios lo prosperó siempre. Nunca te acerques a él presentándole tus necesidades desde el principio. Dale gracias primero por lo que ya tienes y alábalo. Proclama su grandeza personal y la magnificencia de sus obras. Ya habrá tiempo y oportunidad de hacer tus peticiones. Por último, comparte con otros lo que Dios te ha dado. Dios bendice a las personas dadivosas y desprendidas. He conocido a gente a la que no le podías decir que te gustaba algo que tenían porque ya te lo estaban regalando sin más. Son gente con mucho talento y dones, y Dios los bendice y prospera cada día más. Dios no quita lo que da, pero se fija si compartimos libremente lo que así recibimos de él, para ver si nos puede confiar con cosas más grandes. Establece un orden de prioridades en el dar. Sé generoso primero con Dios, luego con tu familia, después con la obra del Señor, sea cual fuere y donde quiera se encuentre, y también con los que están fuera. Feliz de ti si pones tu amor en la ley del Señor. Serás como árbol plantado a la orilla de un río. ¡Todo lo que hagas te saldrá bien!

Posted in:Crecimiento | | *With 0 comments*